

ARGENTINA: UN REGUERO DE

Un mes aciago culminó con el asesinato del almirante Hermes Quijada en una calle de Bue



En 1962, Hermes Quijada se transformó en el primer piloto argentino que aterrizó en la Antártida (foto de la derecha). En 1972, como jefe del Estado Mayor Conjunto, dio el informe oficial sobre los episodios de Trelew (foto central). En el sepelio, el día 1º, tuvo duras patabras el contraalmirante Mayorga (izquierda).



A las 9 de la mañana del lunes 30 de abril, apenas 4 días después del secuestro —en Córdoba— del comandante de Gendarmería Jacobo Nasif, y cuando el contraalmirante Francisco Alemán llevaba 29 días de cautiverio terrorista, una motocicleta tripulada por un par de jóvenes se acercó al automóvil Dodge que circulaba por Junín y Cangallo, en pleno centro porteño. Cuando el coche se detuvo, uno de los motociclistas —pistola en mano— se acercó a la ventanilla derecha y acribilló a balazos al contraalmirante retirado Hermes Quijada, quien no tuvo tiempo de usar la ametralladora que llevaba en su asiento. El episodio desencadenó una ola de rumores, nerviosismo y tensión que continuaba al cierre de este número. Las reacciones y sucesos más importantes que se sucedieron fueron los siguientes:

- En la tarde del lunes se supo que había muerto —alcanzado por los disparos del chofer de Quijada— uno de los guerrilleros que intervinieron en el atentado: Víctor José Fernández Palmeiro (24, sindicado como activo y antiguo militante del Ejército Revolucionario del Pueblo).

- Durante el velatorio de Quijada en el edificio Libertad —sede de la Armada—, el capitán de navío Héctor Torrents se acercó al presidente Lanusse y le expresó: "Su presencia no es bien vista en esta casa". Torrents fue sancionado con 15 días de arresto domiciliario.

- Una situación similar se reprodujo a la llegada de Arturo Frondizi. Pero en esta oportunidad las palabras subieron de tono y llegaron a vías de hecho. Corolario: los lentes del ex presidente aclararon al recibir un puñetazo en pleno rostro. Un pelotón de infantes de marina escoltó a Frondizi hasta una salida lateral.

- Desde las 13.15 hasta las 17 horas del lunes sesionó en el edificio Libertad el Consejo de Almirantes. Los 23 participantes acordaron exigir a la Junta la adopción de medidas energéticas para zanjar la escalada subversiva. No fue todo: algu-

nos voceros oficiosos del arma criticaron la política del Poder Ejecutivo respecto de Perón, a quien "se habría reflotado", según la opinión de los más vehementes.

- Al anochecer del mismo lunes se reunió el gabinete nacional (poco antes lo había hecho la Junta de Comandantes). Se aprobó la decisión de la Junta de Comandantes en Jefe de imponer la ley marcial —incluye la pena de muerte— en la Capital Federal y las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Mendoza y Tucumán.

- A las 2 y media de la tarde del lunes, Lanusse envió un télex a Madrid, dirigido al presidente electo. "Ante la comisión de nuevos delitos y crímenes que conmueven al país, reitérole la necesidad de establecer contacto directo con usted". Horas después, Cámpora respondió: "Mañana regresaré en el primer avión".

- No obstante, ni Cámpora ni Perón condenaron explícitamente el atentado. El veterano caudillo expresó: "La violencia sólo cejará con un poco de libertad y mucho de justicia".

- En el mediodía del 1º de mayo el féretro del almirante Quijada fue depositado en el Panteón Naval del cementerio de la Chacarita. Además del almirante Carlos Guido Natal Coda y del capitán de fragata Juan Bonomi (compañero de promoción de Quijada), habló el contraalmirante Horacio Mayorga, comandante de la aviación naval. "La libertad —dijo— está amenaza seriamente por una guerrilla infiltrada en un pueblo que la toleró, que jugó con sofisticadas interpretaciones que la justifican, ante una supuesta violencia de arriba, y que ahora comienza a mostrar síntomas de que no la puede manejar ni controlar. Frente a esta situación están las Fuerzas Armadas, a las que nadie obligó a dar elecciones, las convocaron ellas por su entera voluntad, apreciando que ése era el camino más conveniente para el país, independientemente de preferencias particulares en cuanto al resultado. Es

difícil —agregó—, ante la eliminación del almirante Quijada, sustraerse a la tentación momentánea de ordenar primero el país, para entregarlo después, cuando esté verdaderamente limpio de asesinos, de demagogos, de mercaderes de poses y de palabras impostadas, incapaces de construir pero sí de matar, pervertidora de una juventud violenta, de la que ahora están resultando presos. Pero aun así no hay bien más preciado que la libertad".

- El 1º de mayo —en virtud de la vigencia del estado de emergencia—, la Juventud Peronista levantó la marcha que pensaba organizar en la Capital Federal, desde Plaza Once al Congreso, para reclamar la libertad de los presos políticos. Una fortísima custodia policial y militar disuadió a quienes acudieron a los lugares previstos y sólo hubo gritos aislados que culminaron con una docena de dete-

nidos. Se suponía que el acto dispuesto por el peronismo combativo para el jueves 3 también sería levantado. En cambio mantenían la convocatoria para el viernes 11, por motivos similares (la libertad de los detenidos políticos).

- El miércoles 2 de mayo, el matutino porteño La Prensa publicó una solicitada de la Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora que rezaba: "No tiene sentido la entrega del poder rodeado de la más incompleta inmoralidad. Se ha desvirtuado el propósito original y las normas y limitaciones garantizadas por las Fuerzas Armadas. Debe exigirse la declinación de los culpables. Las Fuerzas Armadas tienen que asumir, en plenitud, la responsabilidad de la hora (...). El pueblo de la Patria no tiene otra alternativa que armarse en su defensa y en la de las instituciones de la República".

CONCLAVE JUSTICIALISTA: LA MODERACION, UNA TACTICA

Sobre el cierre de esta edición, el corresponsal Armando Puente telexó desde Madrid el siguiente informe.

Los conserjes del madrileño hotel Gran Vía se miraron extrañados al ver al presidente electo de los argentinos, Héctor José Cámpora. Es que, aunque se trataba de un viejo conocido de ellos —Cámpora nombra familiarmente a cada uno de los empleados, una costumbre adquirida luego de tantos viajes a la capital española, cuando sólo era delegado personal del anciano caudillo—, todo hacía suponer que esta vez el viajero se alojaría en otra parte. En efecto, se le había reservado una suite en el lujoso hotel Monte Real, en el barrio Puerta de Hierro, a dos cuadras de la quinta 17 de Octubre. Pero la decisión de Cámpora —acaso por preferir su acostumbrada habi-

tación del cuarto piso o su inveterada botella de agua mineral, que todos los meses del Gran Vía saben que es su "vicio"— causó algunos problemas a los servicios de seguridad. Hubo que desalojar turistas para ceder las piezas contiguas.

No faltaron, claro, los malintencionados que dedujeron que la elección del Gran Vía era una manifestación de supuestas discrepancias existentes entre Cámpora y Perón. Ambos jerarcas lo desmintieron explícitamente: "Cámpora y yo estamos plenamente identificados. Nos entendemos con sólo mirarnos", dijo Perón. "Si un día me faltara la confianza del general —aseveró Cámpora—, no permanecería un minuto más en el cargo". Pero más que sus palabras, fueron los hechos los que desmintieron las especias.

"Desde hace un año y medio he

ANGUSTIAS Y EXPECTATIVAS

Aires, y con una agitada reunión cumbre del peronismo (la última antes del 25), en Madrid.



Cámpora adelantó su regreso a Ezeiza luego del télex enviado por Lanusse.



Aunque la Juventud Peronista levantó el acto del 1º de Mayo, hubo detenciones.

planeado la política juntamente con el doctor Cámpora. El ha sabido dar, en ese tiempo, extraordinarias pruebas de su capacidad y tacto político, de su lealtad y de su espíritu de iniciativa al servicio del movimiento y del pueblo", dijo Perón al concluir la (en algunos momentos) tempestuosa reunión del sábado 28, en la que se juzgó críticamente la labor de Juan Manuel Abal Medina y de Rodolfo Galimberti.

La destitución de Galimberti, que uno de sus amigos prefirió calificar militarmente como "relevó", benefició en forma objetiva a Perón y a Cámpora, al situarlos como moderados ante los sectores de la clase media y las Fuerzas Armadas, inquietos por las imprudentes declaraciones del secretario general del Consejo Superior de la Juventud Peronista.

El domingo, luego de ordenar el oportuno cese de funciones de Galimberti (conocido como una renuncia de su parte) y de dirigir un mensaje con motivo del Día de los Trabajadores (invitando a la pacificación, la unidad nacional y la reconstrucción), Perón y Cámpora abordaron el estudio de la política socio-económica que será preciso adoptar a corto y a largo plazo a partir del 25 de mayo.

Aunque sólo faltan tres semanas para la asunción del mando, aún no se conocen los informes precisos para conocer y estimar las perspectivas económicas; tampoco se han formado los equipos responsables del análisis y de proponer medidas concretas para resolver los inevitables problemas. Se inicia, pues, una carrera contra reloj. Y en tales circunstancias, el anuncio de la constitución de milicias resultaba una imprudencia infantil, capaz de desencadenar graves consecuencias. Esa fue la causa de la visible irritación del líder máximo del movimiento y la razón por la cual tomó la drástica decisión de sancionar a Galimberti.

Pero la destitución sólo significa un pase a la reserva. Perón no está dispuesto a desprenderse de él. "Simplemente pone en la congeladora a la juvenil Tendencia Revolucionaria,

incómoda en estos momentos", comentó uno de los dirigentes que se encontraba en Madrid. Y, por supuesto, el doctor Cámpora comparte la actitud de Perón: "Galimberti es un joven profundamente peronista y por lo tanto disciplinado —comentó el presidente electo en una charla informal en el hall del hotel—; puede haber pecado por imprudencia, llevado por su entusiasmo y su falta de experiencia".

El lunes 30, cuando los periodistas vieron ingresar a la quinta a Galimberti, y luego al doctor Abal Medina, muchos interpretaron que ni uno ni otro habían sido abandonados de la mano del líder. "Estoy, como siempre, a disposición del general", dijo Galimberti. "Continúo gozando de su confianza —acotó Abal Medina—; en ningún momento se trató mi destitución. Nada ha ocurrido que me obligue a presentar mi renuncia acá o en Buenos Aires".

En Puerta de Hierro, el secretario privado José López Rega guardó silencio acerca de estas fugaces visitas. Y posteriormente, en la madrugada del miércoles 2, en el aeropuerto de Barajas, alguien observó que en el mismo avión en que viajaban Cámpora y Abal Medina de regreso a la Argentina, también volvía Juan Carlos Ortiz, secretario general de la rama juvenil del Frejuli, cuya participación en el debate del 28 fue intensa, aun cuando el periodismo prácticamente no lo advirtió.

La semana se completó con otros conciliábulos sostenidos por Perón. Durante dos días se discutieron asuntos con José Gelbard, sobre la realización de un gigantesco plan de obras públicas y las ofertas y perspectivas de inversión de capitales europeos y árabes para rescatar al país de sus baches económicos. El ostensible agasajo que Perón brindó a Gelbard —quien viajó acompañado por Pedro Blaquier— fue significativo, y se interpretó como síntoma de que no estaría lejos de él y de sus ideas la futura conducción de esa área del gobierno.

Por su parte, el representante y cabeza de otra línea, Rolando García,

pasaría a situación de reserva para una etapa posterior, cuando se profundice y consolide la anunciada revolución justicialista. Lo mismo ocurrirá con la Tendencia Revolucionaria de la Juventud Peronista, que obedece a Galimberti y ha venido apoyando al doctor García. Claro que todos los estudios se vieron entorpecidos nuevamente, cuando el lunes a las 6 de la tarde, el doctor Cámpora regresó al hotel luego de efectuar algunas compras en unos grandes almacenes cercanos. El embajador argentino en España, brigadier Rojas Silveyra lo esperaba con el rostro muy sereno.

El embajador le entregó un mensaje en que Lanusse lo invitaba con carácter de muy urgente para conversar sobre el incremento de la ola de terrorismo. El presidente electo se apresuró a telefonar a Perón, al que había dejado hacia sólo tres horas, y se dirigió de nuevo a Puerta de Hierro. Poco después se enviaba desde allí un télex a la Casa Rosada anunciando el regreso "en el primer avión".

De nuevo la situación socioeconómica pasó a un segundo plano, desplazada por cuestiones más urgentes. Los dos políticos se consagraron entonces al análisis de la forma y alcance de las conversaciones que Cámpora debería mantener con la Junta de Comandantes en Jefe, "actual detentadora del poder político del país". Las balas que segaron la vida del almirante Hermes Quijada lograron así una aproximación al tema de la guerrilla, hasta entonces postergado. Ahora, ellos demuestran que tienen un firme propósito de dedicar sus esfuerzos a alcanzar la pacificación y la unidad nacional.

No fue una contradicción sino las limitaciones propias de su estrategia política las que movieron a ambos a mantenerse en su conocida posición respecto a la violencia: "La ola de asesinatos y secuestros es cuestión que debe tratar el gobierno actual y obedece a causas acumuladas durante años", dijo Cámpora. "Hay que pacificar al país, pero no con policías y soldados, sino con un po-

co de libertad y mucho de justicia", añadió Perón.

Que las relaciones con la cúpula militar era, junto con la futura política económica, tema básico de la reunión cumbre, lo confirman las presencias del teniente coronel (R) Jorge Osinde y de José Gelbard, y el documento que el doctor Cámpora entregó a Perón al llegar y que, se afirma, era un memorándum de la Junta de Comandantes en Jefe.

Posteriormente a la partida hacia Madrid del presidente electo, nuevos informes originaron el rápido viaje del profesor Elyc Próspero Camus, gobernador electo de San Juan, quien llegó el lunes 30 con una información complementaria de carácter militar. En ella, se dice, habría datos precisos acerca de una frustrada conspiración que iba a estallar el 27 de abril.

No fueron éstos los únicos problemas que abrumaron al doctor Cámpora durante los cinco días que pasó en Madrid. También figuraba en su recargada agenda el de la amnistía, que se decidió sería "amplia, generosa y justa" pero no total, y la política internacional, con el acuerdo entre Paraguay y Brasil por la construcción de la presa de Itaipú, respecto de la cual el futuro gobierno justicialista no parece dispuesto a encontrar las prevenciones y reservas que existen actualmente en la Casa Rosada.

Pero ni las prolongadas reuniones en Puerta de Hierro ni el cúmulo de cuestiones rompieron los hábitos madrileños del presidente electo, los mismos que tenía cuando no era más que el delegado personal de Perón. Como entonces, cenó tarde y a eso de las 12 de la noche salió del hotel Gran Vía para pasear por la avenida José Antonio, tomar un whisky en una de las escasas cafeterías aún abiertas y volver alrededor de las 3. Como antes, a las 9 de la mañana estaba ya levantado, dispuesto a la cita matutina con su jefe. "Y luego dicen que los dos son iguales. Ya ven, uno empieza su jornada a las 6 y 30, casi a la hora en que el otro se acuesta", bromeó un peronista. ■